



Jornadas de Hum.H.A.

Bahía Blanca - República Argentina

11 al 13 de agosto de 2005



César contra Perón, o quiénes son dónde están los argentinos

Marina Yuszczuk¹
(Dpto. Humanidades – UNS)

Argentino hasta la muerte de César Fernández Moreno se publicó en 1963, pero abajo del título aparecía, y siguió apareciendo en las ediciones posteriores, entre paréntesis, otra fecha: 1954. El dato de la fecha de escritura no es menor, porque si obviando la fecha el poema se vincula con la tradición del ensayo de interpretación nacional y con el repertorio de representaciones generado dentro de esa tradición, la inclusión de ese año, 1954, el último de la segunda presidencia de Perón, permite poner al texto en relación con el afuera del sistema literario, con otra esfera discursiva específicamente política en la que se construyó y desde la cual se promovió la definición de la nacionalidad impuesta por el estado peronista.

Argentino hasta la muerte utiliza como material para construir su propia representación de la argentinidad un conjunto de creencias que remite por un lado, a través de la cita de Guido y Spano que aparece en el epígrafe, a la construcción de la argentinidad realizada por la intelectualidad porteña del '80, y por el otro, ya sea que la fuente de las representaciones se explicita en el poema o no, a la tradición del ensayo de interpretación nacional, entre cuyos exponentes más destacados figuran Ezequiel Martínez Estrada y Raúl Scalabrini Ortiz y los viajeros culturales del '30 tales como Waldo Frank, el conde de Keyserling y Ortega y Gasset. Eso en lo que respecta a los materiales y tradiciones que aparecen formando parte del poema. Por otro lado el gran ausente y a la vez, puede pensarse, el contrincante implícito del poema, mencionado una sola vez en una cita a la que Adolfo Prieto se refiere como un "guiño de complicidad"² ("no crean en lo general en el general/ crean en lo particular en el particular"),³ es Perón junto con su gobierno, su movimiento y su propio conjunto de creencias en torno al ser nacional. Sólo que, más allá de ese guiño que dura un verso, todo el poema puede pensarse como una toma de posición respecto al peronismo en un momento en el que éste detentaba la

¹ mariposas@bblanca.com.ar

² Cfr. Prieto, A., "La Argentina de "Argentino hasta la muerte", en *Diario de Poesía*, N° 16, primavera de 1990.

³ Esta y todas las citas de *Argentino hasta la muerte* que aparezcan a lo largo de este trabajo están tomadas de Fernández Moreno, C., *Sentimientos Completos*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1981.

exclusividad en las definiciones de la argentinidad dentro de un espacio público al que controlaba.

Dos discursividades en pugna, cada una desde su propio ámbito de especificidad, con sus propios dispositivos de representación y sus mecanismos de legitimación: una expresamente política y hegemónica en el momento de escritura de *Argentino hasta la muerte*, y la otra literaria, marginal, pero que puede ser leída, en el contexto de enunciación del peronismo, como representación alternativa a la oficial y como intervención política.

Inventar la nación: la discursividad del peronismo

Lo que está en juego en *Argentino hasta la muerte* es una definición de la argentinidad, y por lo tanto está presente en el poema la pregunta por lo nacional, el “dónde están dónde son los argentinos”,⁴ a la que César Fernández Moreno ofrece su respuesta particular. Y aunque la descripción del modo de ser de toda una nación aparezca naturalizada antes que cuestionada en su posibilidad, legitimada por una tradición ensayística y literaria que venía planteando la misma pregunta y ofreciendo diversas respuestas desde la misma constitución del estado nacional, la nacionalidad, se sabe, está lejos de conformar una naturaleza, sino que constituye más bien una representación de un tipo particular, no definible a partir de rasgos objetivos sino de un conglomerado de creencias e imaginaciones subjetivas que hacen a un conjunto de individuos sentirse miembros de una nación determinada. Pensando a la nación como una representación simbólica e imaginaria perteneciente sobre todo a la conciencia de los actores sociales, la identidad nacional aparece como una invención de carácter histórico capaz de establecer la distinción entre un “nosotros” convocado por lazos de solidaridad y fraternidad y un “ellos” de signo contrario, y como un objeto de disputa. Porque el hecho de que la nacionalidad se defina como construcción, como una invención colectiva, no quita a que el conjunto de creencias e imágenes mentales que la conforma no pueda ser y de hecho sea, siempre, usado como arma política.⁵

Pero si por lo general la constructora y legitimadora de la conciencia nacional es la intelectualidad –literatos, historiadores, periodistas, etc.–, con el poema de Fernández Moreno sucede algo distinto, propio de la coyuntura histórica de producción del texto. Si en épocas anteriores, ya sea la de consolidación del estado nacional a fines del siglo XIX,

⁴ Fernández Moreno, C, *Op. Cit.*, p. 55.

⁵ Ver Saborido, J., *Sociedad, Estado, Nación: una aproximación conceptual*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, pp. 78-81.

el Centenario o la década del treinta, la intelectualidad había sido efectivamente la forjadora y canalizadora de una identidad nacional que todavía se hallaba en proceso de conformación, durante el peronismo las élites intelectuales habían sido desplazadas en buena medida de la escena pública por un estado que no buscó reemplazarlas con sus propios intelectuales, o que si realizó algunos intentos débiles en esa dirección no tuvo éxito en ninguno de esos proyectos pero tampoco les dio prioridad.⁶ Es cierto que buena parte de los intelectuales no peronistas pudo seguir con sus actividades (como es el caso de la revista *Sur*) mientras su actividad se mantuviera al margen de la escena pública. El gobierno peronista no buscó tanto acallar esas voces como lograr que permanecieran ignoradas. Pero también es cierto que durante el período la construcción y difusión de la nacionalidad fue centralizada por la figura y la voz de Perón, único detentador de la palabra autorizada para definirla.

Y en este aspecto el discurso de Perón no deja lugar a dudas: un argentino de verdad equivale a un argentino peronista. Desde los primeros momentos de su emergencia como figura pública en la Secretaría del Trabajo Perón declara su propósito de ponerse “al servicio integral del auténtico pueblo argentino” y establece una ecuación entre los términos “patria”, “nación”, “pueblo” y “trabajadores” por la cual cada uno de éstos reenvía a los demás y todos se vuelven intercambiables, como si fueran distintas denominaciones de una misma realidad.⁷ Perón como líder es el operador por el que pasan los mecanismos de construcción de una serie de relaciones fundamentales tendientes a definir el lugar de los trabajadores, el propio, y la figura de los adversarios. En esta primera instancia del año '45 se establece una primera caracterización (y delimitación) de los argentinos como “trabajadores”. El estado peronista se presenta entonces como la solución largamente esperada a los problemas y necesidades de los trabajadores o, lo que es lo mismo, los verdaderos argentinos, y como materialización de la Patria misma.

Perón efectúa un borramiento de las diferencias políticas y del carácter político de su propio movimiento para afirmar:

“a ellos les contesto que no soy más que argentino; que no tengo otra ideología que el pueblo de mi patria, ni otro partido político que mi patria; y que he de seguir bregando por lo que yo buenamente creo: que es el bien

⁶ Ver Sigal, S., “Intelectuales y peronismo”, en *Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, Los años peronistas, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 481-521.

⁷ Ver Sigal, S. y E. Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista.*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, pp. 27-74.

de ese pueblo, porque si no lo hiciera así, no merecería ser un gobernante”.

Perón no es un político que represente o defienda los intereses de determinados sectores, es sólo un argentino; la doctrina y los principios de su partido político coinciden exactamente con los de la patria, es más, su partido es la patria, de la misma manera que la patria es su partido político. Este sistema de equivalencias tiende a instalar sutilmente la idea de que no hay otra forma, o por lo menos no hay una forma plena de ser argentino, que no sea la de ser peronista. La voluntad de identificar “argentinos” con “peronistas” se exagera a lo largo del primer período presidencial, al punto que Perón llega a afirmar, para el año ‘50 y refiriéndose a la nueva constitución justicialista: “ningún argentino bien nacido puede dejar de querer, sin renegar de su nombre de argentino, lo que nosotros queremos cuando afirmamos nuestra irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”. “Ningún argentino de bien puede negar su coincidencia con los principios básicos de nuestra doctrina sin renegar primero de la dignidad de ser argentino”.

El lugar del Otro, por lo tanto, es simplemente el de la anti-patria. En la construcción discursiva el enemigo está oculto, pero presente todo el tiempo como amenaza, y atenta desde la oscuridad contra el proyecto justicialista, que debe ser el de todos los argentinos. El enemigo nunca se nombra o se identifica claramente, pero está conformado, tal como se desprende del discurso de Perón, por todo aquel que no acepte los preceptos de la doctrina peronista y que se ponga, a causa de ello, en contra y afuera de la patria. De esta manera Perón delimita el territorio de la argentinidad y a la vez traza los límites de lo que deberá quedar afuera; en el proceso borra de la escena la política y convierte la adhesión a su movimiento en adhesión o rechazo nada menos que a la Nación y a la Patria.

“Y bueno soy argentino”

¿Cómo es posible afirmar, en ese contexto de enunciación dominado por el discurso del peronismo, que “los argentinos somos así”, cuando el contenido de ese “así” difiere del impuesto por el discurso oficial? ¿Cómo sostener una definición de la nacionalidad alternativa? La estrategia discursiva de Fernández Moreno en *Argentino hasta la muerte*, que constituye una de las respuestas posibles de los letrados al hecho peronista, tiene que ver con construir una representación de la argentinidad que se apoya en una tradición anterior a la emergencia del peronismo y que se legitima por el carácter de lugares

comunes y creencias colectivamente aceptadas que habían adquirido para el momento sus representaciones.

De esta manera Fernández Moreno puede trazar el perfil del argentino medio como un descendiente de inmigrantes de clase media, profesional y porteño, imagen que surge de un ciclo de la historia nacional iniciado junto con una inmigración que se asentó predominantemente en la zona litoral y de ascenso de las clases medias por medio de la educación – el ciclo de la Argentina agroexportadora – ya en decadencia en el momento de escritura del poema. Sin embargo la difusión y permanencia de los mitos y creencias en torno a la nación surgidos durante todo el período de vigencia de ese modelo fue grande. La imagen del país ganadero difundida por el Estado y sus instituciones a lo largo de décadas toma cuerpo en el texto a partir de su símbolo por excelencia: la vaca es la figura representativa de la nación y el sustento principal de su economía. De la misma manera, si el portafolio es propuesto también como símbolo nacional en lugar del gorro frigio es porque se está pensando en el argentino medio como perteneciente a la clase profesional, todo esto en un contexto histórico de reemplazo de un modelo económico por otro (el de la industrialización por sustitución de importaciones, ya desde la década del '30) y de protagonismo inédito de las clases trabajadoras, elementos que en el poema aparecen completamente soslayados.

Ahora bien, la efectividad de las representaciones sostenidas en *Argentino hasta la muerte* no depende en absoluto de su mayor o menor coincidencia con los datos de la realidad, sino del alto grado de consenso que habían suscitado en el imaginario de buena parte de la sociedad y del hecho de que se recuestran en una tradición, la del ensayo de interpretación nacional, ampliamente aceptada. Las tesis de los ensayistas del '30, especialmente (aunque algunas de éstas se remontan a décadas anteriores), se habían convertido con el tiempo en “lugares comunes de un determinado acervo cultural”, como señala Adolfo Prieto, y justamente de ahí extraen, en *Argentino hasta la muerte*, su legitimidad.

Es por eso que Fernández Moreno puede presentar en primer lugar su autobiografía y la historia familiar de antepasados españoles, criollos y franceses como prototípica y afirmar que al igual que Buenos Aires está formado por una parte europea y otra nativa (“tengo entonces dos piernas como desaparejas/ una pisa el abismo de malones y humos/ otra un muelle reciente sobre un río de barro”), ofrecer luego sus recuerdos de infancia como comunes a todos los argentinos para construir ese lazo de fraternidad que, como se dijo, es constitutivo del sentimiento de la nacionalidad, y pasar luego a realizar una

descripción de las características más sobresalientes de los argentinos que quiere ser al mismo tiempo una crítica.

En el caso de la infancia, las experiencias compartidas con otros argentinos de distinta procedencia sientan la base para la idea de igualdad y suprimen las diferencias sociales, ya que “todos barajábamos los mismos cubitos de mármol sobre el dorso de la misma mano/ (...) todos mordíamos los mismos damascos sobre los mismos techos de cinc/ todos éramos iguales ante la ley bajo el farol de la esquina”, lo que permite al poeta declarar que se mueve “como buzo ágil a distintas alturas de la sociedad”. Otros elementos que funcionan como aglutinantes y generadores de una experiencia común son las comidas, el despertar sexual de la adolescencia, los ídolos deportivos, el consumo de los mismos productos culturales, y sobre todas las cosas el fútbol. Hasta ahí lo que se refiere a la infancia y adolescencia, caracterizadas a través de lugares comunes tomados más del acervo popular y del sentido común que de lecturas previas.

A continuación tiene lugar la descripción, ya más irónica, de ciertos rasgos del modo de ser de los argentinos que se vinculan más evidentemente con la ensayística de interpretación nacional. Lo interesante aquí no es tanto el contenido de las representaciones que se toman prestadas a esa tradición sino la apropiación que hace de ellas Fernández Moreno y sobre todo el uso que les da, que excede lo puramente descriptivo. En esta parte del poema desfilan las tesis del peso de la burocracia estatal tan denunciado por Martínez Estrada, la primacía de las apariencias observada por Ortega y Gasset, la viveza criolla, la soledad del hombre porteño enunciada por Scalabrini Ortiz, y la fuente de la que provienen estos materiales es mencionada y resumida en dos versos – “batime che Keyserling/ Orteguita pasame el dato” – (ante la dificultad para articular algo nuevo luego del impacto del peronismo, también Martínez Estrada volverá en el '56, en su panfleto contra el peronismo *¿Qué es esto?*, a las tesis de *Radiografía de la Pampa* y de los viajeros del '30). En Fernández Moreno, la efectividad de la representación reside, no solamente en el grado de aceptación de que gozaban estas teorías, sino del trabajo con el lenguaje empleado en el poema que tiende a construir una retórica que remede al habla cotidiana y que aporta a las tesis de los ensayistas un grado de comunicabilidad y familiaridad que las convierte casi en evidentes por sí mismas.

“No crean en el general”

Hasta aquí lo que tiene que ver con la autobiografía y con la caracterización del argentino prototípico, ésta última tomada más de lecturas previas que de la observación

del entorno social contemporáneo y por lo tanto, en alguna medida, deshistorizada. Y es que si hay un atisbo de historización en el texto o un momento en que parece irrumpir en el poema el contexto de producción es en el fragmento que contiene una serie de críticas más o menos veladas al gobierno peronista, además del famoso guiño cómplice mencionado al comienzo. Me refiero a la descalificación de la tan sonada nacionalización de los ferrocarriles inflada por el discurso oficial en cuanto a su peso simbólico pero rebajada en el poema por los versos “los trenes argentinos son pura forma/ vacíos y radiantes pasan veloces por las estaciones sin parar en ninguna”, versos que efectúan un vaciamiento total de ese símbolo del orgullo nacional reproducido hasta el cansancio en la iconografía peronista como índice de la recuperación de la soberanía nacional. Algo similar sucede con la negación de la cultura nacional al afirmar que “cuando alguien lleva un libro en la mano es su autor/ cuando no es una caja de ravioles”, frase que alude a la pobreza de la producción y el consumo cultural generada, desde el punto de vista del autor, por el peronismo. Estas alusiones preparan el terreno y dan la clave de lectura para el tan comentado verso que viene a continuación, “no crean en lo general en el general”, tomando por supuesto al general por el General Perón. Y si bien es cierto que la asociación es indudable, la crítica y el rechazo al peronismo que se leen en *Argentino hasta la muerte* no se concentran en ese solo verso.

Toda esta serie de críticas veladas permiten reponer al contrincante oculto que subyace al poema y que es Perón junto con su gobierno. Pero además de las críticas, el solo hecho de proponer una definición de la argentinidad que no coincide con la hegemónica en el momento de escritura del poema puede leerse como intervención en un debate monopolizado por el gobierno peronista que no logró acallar estas otras voces, mayormente ignoradas, es cierto, pero de todas formas alternativas a un discurso que se pretendía único. Ahora bien, este fragmento que tiende a instalar al poema en un determinado contexto de enunciación y a darle cierta densidad histórica no se sostiene hasta el final y en lugar de eso se efectúa, para delimitar la nacionalidad, un borramiento de la historia y la política.

Porque en el proceso de disputar una representación con el imaginario peronista Fernández Moreno apela, por un lado, a una tradición anterior y prestigiosa (el mito del Buenos Aires criollo producido por la élite porteña en un momento de cambios inquietantes para esa misma élite, presente en la cita del poema *Trova* de Guido y Spano que figura en el epígrafe, y el ensayo de interpretación nacional de la década del '30) y por el otro, así como Perón borraba de la escena las diferencias políticas para identificar a

su partido con la Patria, termina haciendo un borramiento de la historia y la política: el poema vuelve, sobre el final, a las primeras representaciones del territorio nacional realizadas por los escritores y viajeros del siglo XIX, en las que la Nación se identifica, por un lado, con el conjunto Buenos Aires-pampa, y por el otro con un desierto vacío al que hay que llenar. Primero a través de la cita de Hernández apropiada por el sujeto textual (“soy gaucho y entiendanló”) se retoma la consagración de la figura del gaucho como símbolo nacional efectuada por Lugones y el círculo letrado alrededor del Centenario; luego se reduce el alcance de la Nación a la ciudad de Buenos Aires (“mejorando las provincias presentes soy porteño”), reducción que ya se venía efectuando a lo largo del texto especialmente mediante el uso de modismos porteños para caracterizar el habla de los argentinos. De esta manera se configura una territorialidad restringida pero no novedosa para la Nación, que se ve reducida a la zona geográfica de Buenos Aires y la pampa, con lo que Fernández Moreno efectúa una vuelta a los modos de representación del espacio nacional del siglo XIX, a la primera topografía del territorio argentino como un desierto mencionada por Andermann en relación a *La Cautiva* de Echeverría.⁸ Según Andermann

“la llanura pampeana, en esa viñeta inaugural, ya figura como sinécdoque paisajista de la Nación, lugar privilegiado que transcribe la pretensión hegemónica de la provincia de Buenos Aires y de la economía ganadera sobre el país entero”.⁹

Este vaciamiento del territorio se da cuando Fernández Moreno se dirige directamente a la patria en su carácter de *suelo* (“vos che tierra que por ahora te dejás estar abajo mío/ tierra de los ejidos turbia de cascotitos y fósforos usados y los restos de un sapo/ tierra del campo tierra terráquea mejilla del planeta”), con unas pocas huellas inatribuibles que no permiten reponer en ese suelo ningún tipo de historia. Pero también, de un modo más abstracto, el vaciamiento se da en esa apelación final a la patria que reemplaza los conceptos de argentinidad y nacionalidad por ese otro más abstracto e ahistórico, por tratarse de una entidad que se encuentra en el origen y que se mantiene siempre igual: “en cuanto a vos patria/ sí patria a vos te estoy hablando/ a vos ésa que está detrás de la palabra”; “che patria que volás entre cielo y tierra como un pájaro entre sus dos alas”. La *Argentina de Argentino hasta la muerte* termina por reducirse al desierto, *aggiornado*, eso

⁸ Cfr. Andermann, J., *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

⁹ Andermann, J., *Op. Cit.*, p. 41.

sí, de las primeras representaciones del siglo XIX, y a una entidad abstracta que no deja leer en sí ningún tipo de huella histórica o política.

Si al proponer una caracterización de la argentinidad Perón dejaba de lado las diferencias políticas e identificaba sin más a su movimiento con el ser argentino y con la patria, Fernández Moreno, al disputar una definición de la nacionalidad con la representación hegemónica del peronismo, realiza un borramiento similar de la historia y la política y efectúa una vuelta al pasado y a los orígenes mediante la apelación a las primeras imágenes de la Nación. No sólo hace un uso político de las representaciones y del conjunto de creencias generados dentro de la tradición del ensayo de interpretación nacional (ya que se sirve de ellos, más allá de lo descriptivo, para intervenir en una disputa por la detentación de la argentinidad) sino que además concluye su poema con lo que Anderman denomina un “apercibimiento” del territorio nacional: “apercibir no es sólo advertir una presencia, en este caso la de un espacio y sus múltiples consecuencias representacionales y políticas, sino también “prepararlo”, armarlo en función de un proyecto determinado”.¹⁰ La operación final de *Argentino hasta la muerte*, la representación de una Argentina de la que desaparecen Perón junto con su gobierno, la clase trabajadora, el presente, todos los signos de las transformaciones profundas que tanta irritación produjeron en la intelectualidad liberal, puede pensarse como una forma de vaciar el territorio nacional y prepararlo, así, en función de un proyecto que es nada menos que el de la derrota política del adversario, que es *borrado del mapa*. La representación final funcionaría así como anticipación del triunfo de una concepción de la argentinidad distinta de la oficial, como fundamento de un poder futuro y como deseo y anticipo de la recuperación de la autoridad sobre el Otro que ha usurpado el poder y la nacionalidad.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERMANN, Jens, *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino.*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

FERNÁNDEZ MORENO, César, *Sentimientos Completos*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1981.

¹⁰ Andermann, J., *Op. Cit.*, p. 40.

PRIETO, Adolfo, "La Argentina de "Argentino hasta la muerte", en *Diario de Poesía*, nº 16, primavera de 1990.

SABORIDO, Jorge, *Sociedad, Estado, Nación: una aproximación conceptual*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.

SIGAL, Silvia, "Intelectuales y peronismo", en *Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, Los años peronistas, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

SIGAL, Silvia y Eliseo VERÓN, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista.*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.